A dark, atmospheric photograph of a wooden chair in a spotlight. The chair is positioned in the center of a circular pool of light on a dark floor. To the right of the chair, there is a prominent, irregular red stain, likely representing blood. Above the chair, a spotlight fixture is visible, casting the light downwards. The overall mood is mysterious and unsettling.

**GUILLERMO
CARDONA**

La bestia desatada

Seix Barral

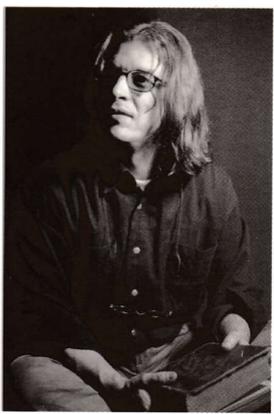


FOTO: © JAIRO RUIZ SANABRIA

Guillermo Cardona



Nació en Medellín. Comunicador social de la Universidad de Antioquia, por muchos años ejerció desde el humor su oficio de periodista, en prensa, radio y televisión. Así fue hasta 2005, cuando se ganó el Premio Nacional de Literatura a Novela Inédita que otorga el Ministerio de Cultura de Colombia, con la obra *El Jardín de las Delicias*, publicada por Planeta con el sello Seix Barral (1ª edición, noviembre de 2005; 2ª edición, marzo de 2007). Participó además en *27 relatos colombianos*, libro conmemorativo de los 40 años de Planeta en Colombia en 2006, y en la antología de cuentos *Una ciudad partida por un río*, seleccionada por Luz Mary Giraldo y publicada por Planeta y el Instituto Cervantes en marzo del 2007, con motivo del IV Congreso Internacional de la Lengua Española, que sesionó por esas mismas fechas en Medellín.

La noticia de su muerte retumbó por todo Medellín con más fuerza que cualquiera de sus más sonados carros bomba y el chisme se regó con un traqueteo de buscapiés por los recovecos de los barrios populares. Hasta yo pegué un brinco cuando oí que lo gritaban desde alguna terraza del vecindario:

—¡Se murió, Pablo se murió! ¡Se murió, Pablo se murió! —era el estribillo que repetía un hombre, como si estuviera coreando una porra del DIM; seguramente algún loco que no medía las consecuencias de mostrarse en extremo contento por tan buena nueva. Porque lo era. Mas negándome a creer que a un ateo pecador como yo se le apareciera la Virgen en esa forma, de inmediato encendí el televisor y me bastó reconocer su cadáver —cuando lo bajaban en vivo y en directo del techo donde había caído baleado el gran Doctor como un vulgar ladrón de gallinas— para comprender que si sabía administrar el caos y el desconcierto que sobrevendrían a tan notable deceso, aquélla sería la mejor y quizá la única oportunidad que tendría de escapar a salvo.

El milagro era además por partida doble, pues justo aquel que pudo convertirse en el más implacable de mis enemigos —el único capaz de superarme en saña e inteligencia—, con esa feliz ocurrencia de dejarse matar, aparte de tacharse de la lista, también me estaba despejando ese caminito que necesitaba para largarme de una vez por todas de Medellín y así librarme del conjuro de aquella

ciudad nefasta, donde me tocó fungir de malo para no desentonar y donde ni así dejé de sentirme un forastero, un recién llegado, un mero diletante y regular intérprete de la muy compleja gramática local de la inclemencia.

Así que cuando divulgaron el comunicado oficial de presidencia ratificando la información y celebrando aquella muerte con espíritu patriótico, apagué el televisor —para evitarme el embeleco de los partes de victoria del gobierno y sus secuaces— y salí a la terraza de mi refugio en Villahermosa, melancólicamente, para cambiar de pensamientos, mirando al menos un poco de la ciudad que también amo.

El sol rebotaba contra las tejas y los adobes de las casas de Manrique con una monotonía transparente y rojiza de la que sobresalía de pronto, aquí y allá, sin contemplaciones con la composición o con la estética, la estridencia amarilla de los guayacanes florecidos, como fugaces destellos de alegría en esas calles lóbregas, tintas de sangre. Había ocres con visos de plomo por los lados de Bello y un verde de falsa tierra prometida subiendo hacia La Estrella. Medellín toda posaba para mí, ella también sonriendo hipócrita para la foto, con un amanerado aire de postal, tal como quería fijarla en mi memoria para recordarla así no más cuando estuviera lejos. Apenas eso. Unos pincelazos de vivos colores que disimularan la letra negra y menuda del escarnio, el texto de mi historia, oculto bajo aquella visión luminosa como un sombrío palimpsesto.

¡Qué necesidad tenía yo de interesarme en esos momentos por las alimañas que seguían pagando escondidijo a peso! Como con la muerte del Patrón ya tenía un pie en el estribo para abandonar el tinglado, era preferible conservar solamente aquella imagen equívoca, insustancial, sin gente, sin familia, sin ataduras, sin evocaciones

de grandes amores ni muestras palpables de sincera amistad. Y nada más quería llevarme. Los millones de dólares, las joyas, los títulos valores y otras bicocas que había logrado reunir en aquellos cuatro años de locura estaban en cajas de seguridad y cuentas corrientes desperdigadas por las Antillas Menores, a la espera de que ultimara los detalles de una excursión que incluía retiros espirituales en varios bancos de Antigua, islas Caimán, Saint Kitts y Montserrat, y un pintoresco recorrido turístico por los bazares de los más afamados falsificadores de Guadalupe y Martinica, quienes ya me tenían nuevas tarjetas de crédito, licencia internacional de conducción y hasta título universitario; unos documentos en regla, de muerto reciente y edad similar que suplantaba el suscrito, en los que constaba que había nacido en Fort-de-France, de padre español y madre argelina, y que había vivido los últimos diez años en Perú, donde me gradué en comercio exterior, tal cual lo refrendaban los sellos del pasaporte que me habían entregado unos meses atrás. Vale decir que mucho antes de que sonaran los compases de mi última y definitiva fuga en *allegro ma non troppo*, ya hacía tiempo había dejado de ser colombiano.

En esas andaba a finales de noviembre del año de gloria de 1993, preparando el viaje para presentarme con mi nueva identidad ante los banqueros antillanos y con ella disponer los traslados de mis dineros a sucursales europeas y del Lejano Oriente, para seguir de largo a recorrer el mundo, feliz de poderme escapar de ese hospital psiquiátrico que era para mí Colombia, esa abstrusa tiranía de feroces e invisibles dictadores.

Quería incluso salir tranquilo, sin hacer más daño del estrictamente relacionado con mis funciones, cuando un inoportuno allanamiento hizo públicos algunos pormenores de mi más lucrativa ocupación, una novedad

que no debió caerles muy en gracia ni a mi familia ni a las llamadas autoridades, que igual confiaban en mí —si es que a aquello se le podía llamar confianza—, y mucho menos a mis antiguos compañeros de pupitre, mis más caros amigos de infancia, que por esta infortunada circunstancia llegaron a creer que no eran tales, cuando eran en verdad, además de mi familia, las únicas personas que amaba en el mundo y a las que jamás habría querido hacerles daño.

Hoy sólo tengo argumentos suficientes para demostrar que el torcido no fui yo; de los demás no sé, ni se me ocurre una explicación plausible, pero entonces creía que se trataba de una encerrona montada por la envidia de mis camaradas, con el claro propósito de joderme en el momento menos oportuno.

Algo como eso —pensaba— tenía que sucederme por andar metido hasta el cogote en el mundillo de los bajos fondos de Medellín, un infierno más bien chico para la maldad de ese pueblo grande y bajo cuyos efluvios todos terminaban aceptando contratos hasta de los grupos rivales y aun en contra de los intereses de sus propios amigos, en cuyo caso la deslealtad se compensaba con un pequeño sobrecosto.

Todos, menos yo. Obviamente, no era un santo. Es decir, yo no me limitaba a atender defensores de derechos humanos, líderes cívicos y traquetos de la competencia, como pensaban Loaiza y el capitán Payares; ni sólo comunistas, milicianos, extorsionistas y secuestradores, como creía Rueda; ni simples hampones de barrio o miembros de la inteligencia militar, como suponía Nacho, pues yo, por cuenta de ellos y de varios otros clientes particulares, había torturado por igual a policías y ladrones, a mafiosos y agentes antinarcóticos, a paramilitares y guerrilleros, a sicarios de alto vuelo

y rateros de baja estofa y más de un cliente, a pedido de otro con más plata, había terminado sus días como paciente en mi mesa de disección. Claro que hoy como entonces sigo convencido de que todos se lo merecían, excepto unos pocos de malas que me entregaron no para arrancarles una información o cobrarles una ofensa sino porque, digamos, alguien me pagaba no más por darse el gusto, así generalmente terminaran confesando los crímenes más repugnantes.

Valga aclarar que, salvo algunas pocas cuestiones de orden práctico que se pueden cotejar —una dirección, un teléfono, un nombre cualquiera—, el resto del testimonio de un torturado entra en el terreno de lo indemostrable. No es extraño, entonces, que termine diciendo simple y llanamente lo que el torturador quiere que diga o lo que desea que escuche el cliente que le pagó. En ese aspecto, la tortura es —y lo digo con pleno conocimiento— el recurso de investigación más antitécnico no sólo desde el punto de vista jurídico sino desde la óptica de la investigación positiva propiamente dicha; la tortura, por el hecho de utilizar el recurso de la violencia, niega la inteligencia, que es el único camino que conduce a la verdad, y la verdad, la violencia y la inteligencia rara vez van de la mano.

Eso era algo que les advertía siempre a Payares, Loaiza, Rueda y Nacho, hasta que entendí que a ellos no les interesaba en realidad averiguar nada sino que lo que los impulsaba a ordenar la tortura era el mero placer de hacer daño. Y puestos ya en esos fangosos terrenos, le informé a cada uno y por separado que por más que entre ellos quisieran matarse, yo seguía siendo amigo de todos, y en consecuencia, que no trataran de mezclarme en sus malquerencias personales.

Otro aspecto que me llamó poderosamente la atención fue que el allanamiento lo comandara el capitán

Ricardo Payares, un oficial de la policía que trabajaba en asocio con Los Pepes —la tenebrosa organización de los Perseguidos por Pablo Escobar—, uno de cuyos principales cabecillas era mi viejo amigo, antiguo guerrillero y nuevo mágico, don Giovanni Loaiza.

Pero además este Payares, que salió a acusarme en los noticieros de televisión, fue quien me tentó para cambiar radicalmente de oficio y me convenció de pasar de salvavidas a verdugo con el argumento de una buena suma, por allá en los albores de la narcoguerra. Lo conocí a finales de 1989, justo el día en que regresé de México —donde hice mi especialización—, graduado por partida doble en medicina mientras él, simple doctor en derecho y ciencias políticas, todavía no pasaba de teniente. Era un barranquillero de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules que no encajaba en el arquetipo afrocolombiano del costeño, pero que igual era un mamagallista nato y un parrandero incansable que tenía encantada a mi hermana, y no más por tenerla contenta a ella se ganó a mi familia y a mí también.

Esa noche, en la fiesta de bienvenida que se armó en la finca de mis papás en Copacabana, cuando ya ellos se habían acostado, medio en broma, medio jugando, y en atención a mis altos estudios en neurocirugía, nos dio por elaborar un escalafón del dolor, según el instrumental quirúrgico utilizado y el punto del cuerpo elegido, en contraposición a lo que se podía lograr con navajas, alicates, cigarrillos, motosierras o ácido sulfúrico, que era el tratamiento habitual en Medellín, y llegamos a tal minuciosidad descriptiva que mi hermana tuvo que salir a vomitar, ocasión que aprovechó el servidor público para ofrecerme sin más ni más doscientos millones de pesos por hacer hablar a un alto mando del cartel de Medellín al que llevaban dos días aplicándole los métodos con-

vencionales, sin que hubieran logrado arrancarle nada diferente de insultos y madrazos.

—Está que se muere, mi hermano —me dijo—, pero el hombre aguanta otros dos o tres días, y sabiéndolo apretar donde más duela, puede contarnos algunos detalles que nos interesan y que para nosotros valen pero muchos mangos. Piénsalo y mañana hablamos.

¿Podría ser una simple ironía del destino que el mismo hijueputa que arruinó mi vida induciéndome a traicionar el juramento hipocrático, fuera el que dos días antes de la muerte del gran capo se apareciera con todo un contingente por los alrededores de la finca donde funcionaba mi consultorio particular, en la Loma del Escobero? Yo no creo.

Por el despliegue, es de suponer que el imbécil ordenó el allanamiento como si fuera un procedimiento de rutina contra Pablo, cuando él conocía perfectamente la clase de clínica que funcionaba en el sótano, a cuyos buenos oficios acudió ya de capitán muchísimas veces, pues mi primer trabajito le valió el ascenso. Es más, 72 horas antes mi capitán había intercedido como un favor personal por unos agentes del Departamento de Orden Ciudadano de Envigado, el tenebroso y malhadado DOC, para que les recibiera un guiñapo de hombre que traían en su radiopatrulla; querían que lo siguiera torturando otro rato y luego me deshiciera de él como quisiera, un pobre hombre que tan pronto recuperó el conocimiento debió reconocerme y por un momento alcanzar a creerse equivocadamente a salvo, pues se trataba de Pecueca, el hermano calavera de Alberto Merino, un drogadicto de viejo cuño que cargaba un apodo que se había demorado mucho en llamar la atención de los grupos de limpieza social.

Aunque cabe la posibilidad de que algún mafioso de los que me encomendaron agentes oficiales, por prescripción de carniceros de la competencia, hablara de mis tratos con el cartel de Medellín y los Comandos Populares de las FARC —tratos que por cierto también tuvo él—, me inclino a creer que el capitán Payares simplemente me quería sacar de circulación; silenciarme para protegerse y congraciarse con los altos mandos y las autoridades civiles, desmantelando un centro de tortura que presentó como de Los Extraditables, para así acallar las acusaciones que lo vinculaban a la mafia. Pero fueran cuales fueran sus razones, el hombre, quizá creyendo que podría sorprenderme, se vino con más de cien policías, dos tanquetas y un helicóptero artillado; tanta alharaca me anunció su visita con el tiempo suficiente para escabullirme, aunque no para mantener mi identidad y mi inocente juego en el anonimato en el que debió haber permanecido siempre.

Porque de no ser por esa intromisión, nadie se habría enterado de nada. Sucedió, pero no tenía por qué saberse quiénes, ni cómo, caían en mis manos, y menos cuando tenía en salmuera a la novia de Giovanni Loaiza —una chica que para colmo era hija de otro de los duros de Los Pepes—; al oficial enlace de Oswaldo Rueda con las brigadas de inteligencia del Ejército y al segundo en los frentes urbanos de las FARC, que comandaba en Medellín Nacho Jaramillo; fuera del citado hermano de Alberto Merino, el cuarto cordero que me encomendaron para que lo desollara por drogadicto, a ver si así aprendía que eso de fumar marihuana estaba muy mal hecho. Y me los trajeron intercalados entre ellos mismos, cada uno arrastrando al coadjutor de su contraparte, con la instrucción general de reducirlos a piltrafas, pero en su mayoría que quedaran reconocibles, cuestión de que se entendiera el mensaje.

Yo de entrada no tuve reparos, pues aquella modalidad de trabajo era habitual entre nosotros. Pero empecé a ponerme nervioso a medida que me daba cuenta de que estaba encartado con personas muy cercanas a mis mejores amigos de infancia, de aquellos cuatro camaradas de pupitre, compañeros de sueños en el bachillerato y en la universidad que, para esas calendas, atropellados por el tren de la historia, habían devenido de luchadores revolucionarios en capo de la mafia el uno y en jefe de autodefensas el otro, mientras el tercero se había vuelto fascista sin dejar de ser comandante guerrillero. En cuanto a Merino... ¿en qué diablos se había convertido Merino? Su único pecado era ser periodista, pero aquello era más que suficiente.

Dado que me encargué de destruir las pruebas, ignoro si ellos se pusieron de acuerdo para perderme o si cada uno pretendía utilizarme de cebo para otros fines, pero igual me negaba a considerar un accidente que los susodichos me entregaran a estos últimos pacientes en un lapso de pocos días, con órdenes precisas de no interrogarlos. Obviamente, no hice caso y los interrogué a conciencia y como era característico en mi trabajo; a los cuatro los dejé tan bien confesados que estuve seguro de despacharlos derechito para el cielo, pues antes de largarme les metí de a tiro en la base del cráneo, justo un centímetro arriba de la protuberancia occipital externa.

Hoy, que puedo atar cabos y analizar a sangre fría la suerte y los testimonios de los inmolados, igual sigo sin conclusiones, pero entonces eso era lo que menos importaba y todos mis esfuerzos estaban concentrados en escapar del terrible peligro que corría, porque así ni yo me reconociera en la foto de archivo que apareció en los periódicos dando cuenta de las señas del fugitivo, los datos eran lo suficientemente elocuentes y precisos, y tanto

Loaiza como el capitán Payares conocían tan bien como Rueda y Nacho —cada uno por su cuenta y riesgo— la ubicación de mi dispensario y el tipo de medicina que se practicaba en él; o sea que a ellos el allanamiento mismo no debió sorprenderlos tanto como los otros pacientes, diferentes del suyo, que se encontraron muertos en el sótano, y hasta este aserto está por resolverse.

El único que no sabía nada de nada era Merino, el pobre, y como además se enteró de lo sucedido por las páginas judiciales de *El Colombiano* que él mismo escribió, es de suponer que quedó mal informado. Pero todos los demás, aunque en distintas circunstancias y ocasiones, quisieron asistir a algunas de las sesiones por las que me pagaban; no a muchas, no a todas, pues por lo general terminaban exasperándose. No basta el odio o la simple maldad para sacar provecho del sufrimiento ajeno; se requiere más bien un cierto desapego científico si se quiere en verdad alcanzar el éxtasis diseccionando un cuerpo vivo, en tanto se destila una información. Y no es que ellos tuvieran escrúpulos; igual, su crueldad no conocía límites. Simplemente preferían el basto desgarrón de la motosierra o el machete a la caricia sutil del escalpelo. Como para muchos de los cientos de hombres armados que rumiaban venganza a la sombra de esa guerra feroz e inocua que desgarró a Colombia desde tiempos inmemoriales y no cesa, el matar no era suficiente y hacía falta mucho dolor para medio satisfacer la general devoción por la infamante humillación de la violencia, por la crueldad innecesaria y el oprobio que siempre han motivado a los verdugos colombianos de todas las pelambres y que sigue fascinando al populacho.

Salvo Merino, el bueno, que prefirió la bajeza de servirles de altavoz a los partes oficiales, cuando eran crímenes que lo tocaban a él y cuyos pormenores pudo divulgar don-

de hubiera querido. O por lo menos no creo que tuviese **más** impedimento que su propia cobardía, pues antes de **largarme** le envié un casete de audio que grabé personalmente para él, con una explicación pormenorizada del caso **de su** hermano, los nombres y los rangos de las personas **que me** lo habían entregado y los principales apartes de **su** confesión, y aunque estuve en Panamá durante una **semana** consultando el periódico ese donde trabajaba, a **nuestro** flamante reportero le dio miedo sacar mi versión **a la** luz pública.

Es decir, descontando a Merino, el pusilánime, yo tenía sobrados motivos para temer a los demás. Conocía perfectamente la calaña de mis viejos amigos y sabía muy bien lo que les hacían a los traidores —yo mismo se lo hice a muchos—, de manera que las horas posteriores al allanamiento estuvieron signadas por el terror y el desespero. Si no me encontraron fue porque —supongo— Nacho, Loaiza y Rueda en ese caso tampoco lograron ponerse de acuerdo para trabajar juntos, ni fueron capaces de compartir esos datos que sueltos no decían nada pero que reunidos habrían podido conducirlos sin problemas hasta mi madriguera. Ni el propósito común de destruirme tuvo el peso suficiente para unirlos de nuevo y ese sería un error que me pagarían caro. Y estoy absolutamente seguro de que al asistir a mi supuesta caída, ellos alcanzaron a colegir que yo mantenía tratos de esa naturaleza con los demás miembros de la gallada, cuando cada uno creía ser el especial, el único depositario de mi confianza, de mis más sentidos afectos y, en consecuencia, el más resentido por mi supuesta ruindad, como si la traición de ellos, intencionada o no, accidental o no, hubiese sido una niñería. Nuevamente exceptuando a Merino, a quien luego de la reunión del 86 —la última de la gallada— sólo yo seguí frecuentando y que, como

buen periodista, apenas se enteró de las andanzas de sus otrora camaradas y condiscípulos.

Total, muerto el gran Doctor, mis restantes enemigos conformaban una partida de ineptos; pero eran demasiados, a cuál más sanguinario; cada uno con su estilo y a su manera, y no obstante con un punto en común, sin discusión: cualquiera que fuese el que me agarrara primero, aun sin la técnica o el instrumental adecuado, se entretendría torturándome por horas antes de concederme el don del descanso eterno. Alcancé incluso a considerar muy seriamente la propuesta de Benedetti, según la cual un torturador no se redime suicidándose pero que algo es algo, y me había jurado no permitir por ninguna circunstancia que me atraparan vivo; para evitarlo tenía dispuestas y a la mano una *Mágnum* y una pastilla de cianuro, que por fortuna terminaron sirviendo a otros propósitos.

En tales circunstancias, por más que amigos y enemigos del Doctor hubiesen recibido la noticia de su muerte con alivio, nadie pudo alegrarse más que yo. Y que conste que no tenía nada contra el hombre. Al contrario, admiraba su siniestra capacidad de organización y, la verdad, me había lucrado de ese estilo, tan suyo, de torturar hasta la muerte, a cuya sombra medraron mis tentáculos.

Trabajé algunas veces para el capo de capos, pero muy esporádicamente y sólo cuando algún infeliz resistía sus métodos brutales y se requería la habilidad de un cirujano para mantener vivo al paciente hasta que aflojara la lengua o nos cansáramos de preguntar. De él aprendí que, además de la maleable información motivo del interrogatorio, una persona puede revelar otros datos sumamente interesantes, como la ubicación de una caleta con armas o dinero en efectivo, la combinación

de alguna caja fuerte o la clave de una cuenta bancaria para traspasar fondos, cuestiones facilísimas de obtener de quien, a merced del dolor, le apuesta todo a la esperanza de perder la vida.

De mis muchos clientes, el Doctor era el único que exigía asistir a la sesión completa y lo hacía con gusto —yo por lo general entregaba videos editados con los apartes que a mí me daba la gana—, pero nunca íntimos. Por un lado él con sus negocios y yo por el otro con los míos, sin que él se enterara —creo— de que los mismos servicios que él me pagaba con largueza, yo los había puesto a disposición de sus rivales. Ahora, si después del allanamiento alcanzó a recibir alguna queja, debió llevársela la señora muerte junto con él a los infiernos y allá, si es que cuentan, cuentan a mi favor todas las acusaciones de mis víctimas. Y así ni al diablo le importe, mi posición es muy simple y la pregono:

—Yo no tuve la culpa, señores. Me declaro inocente.

Hasta ahí tal vez me asemeje en algo a la mayoría de los delincuentes, pues como los demás considero que mis crímenes le son imputables a la sociedad en general, de la cual no fui más que un instrumento. Pero no voy a conformarme con tan poco. No se trata ni siquiera de salir en mi defensa. Yo, acuso. Y acuso de mis propios crímenes a cada uno de los colombianos todos, que los prohicieron y los permitieron y que en su fuero interno incluso los ordenaron, clamando venganza con sevicia: «Como pa' coger a ese hijueputa y picalo en pedacitos», refunfuñaban siempre por lo bajo ante la menor provocación. Es decir, si yo hice lo que hice, fue simplemente porque muchos anhelaban que alguien en verdad pudiera hacerlo.

Eso sin contar que vistas mis actuaciones en perspectiva, a la luz de los nuevos acontecimientos y amnistías

que en la Colombia de hoy cobijan por igual a chusmeros y paracos —pues de los crímenes de Estado nadie se acuerda ni se ocupa—, bastaría con hilar un poco más delgado para concluir que los míos también son delitos políticos conexos y que me deben tratar, en consecuencia, como digno representante de un grupo en armas de un solo miembro, tal vez con menos apegos ideológicos y con un plan de ataque que cubría una porción mayor del espectro político, pero en esencia nada diferente de un cabecilla del fascismo narco-paramilitar o de algún movimiento anarco narco-revolucionario de los que sobreviven actualmente.

También debo precisar que si ahora me da por revivir estos recuerdos, no lo hago porque me atormente la culpa o porque me importe un comino el perdón de los familiares de mis víctimas. Lo que me inspira es algo más egoísta y mezquino y es tratar de entender cómo terminamos como terminamos Loaiza, Merino, Nacho, el Negro Rueda y yo, al cabo del tiempo, cuando empezamos de condiscípulos siendo todavía niños en el Liceo Antioqueño, veinte años antes de la muerte del Doctor, en plena efervescencia revolucionaria, cuando nuestras primeras discusiones se concentraban en resolver si la opción que había que seguir en Colombia era el marxismo-leninismo con la clase obrera a la vanguardia, el maoísmo y su tesis campesina de guerra popular prolongada, el foquismo guevarista o el socialismo con rostro humano que apenas asomaba las narices por la revisionista vía electoral en Europa; que si era superior Stalin a Trotski o el tío Ho Chi Minh a Yasser Arafat; que si el aplastamiento del proyecto pacifista de Salvador Allende justificaba la combinación de todas las formas de lucha contra la traición del esquirolo y pro yanqui Mandato Claro del presidente Alfonso López Michelsen,

y luego contra el represivo Estatuto de Seguridad de Julio César Turbay; que si Camilo Torres o la Teología de la Liberación; pamplinas todas al cabo de la síntesis del tiempo, arrasadas por la tesis de una mascarada de indolencia que ocultaba como antítesis el hueso pelado de la codicia que todo lo vale, hasta la tortura, siempre y cuando, en términos del más estricto materialismo dialéctico, estemos hablando de negocios.

¡La tortura! Todavía hoy, cada vez que pienso en lo cerca que estuve de correr esa suerte, un corrientazo frío como el miedo me estremece la columna desde el cuello hasta el cóccix, allí donde se dice sentimos el culillo. Que Dios me libre de caer algún día en manos de un interrogador tan indiferente y experto como lo fui yo, antes de transformarme en el hombre nuevo que soy.

Sí, señores. Oyeron bien. Soy un hombre nuevo. Y no gracias a las enseñanzas del Che o a su versión montuna del diario de Ana Frank —con la diferencia de que en el suyo el héroe termina encerrado entre nieblas de sierras bolivianas y derrotado por un tigre de papel—, sino gracias a la muerte del Patrón que, como nunca defendió más revolución que su propia egolatría, al menos a mí me dio un mejor ejemplo que los más insignes íconos de todas las revoluciones que en el mundo nunca han sido. En agradecimiento, cada día que paso en libertad, gozando de la vida en un lugar maravilloso que encontré para mí y mi nueva familia al otro lado del mundo, me acuerdo de él y lo bendigo, porque su ruina significó mi salvación y el triunfo definitivo de ese individualismo rabioso que es la marca de la época de la globalización y el librecambio y por el que abogamos hoy los hombres todos, si bien cada uno por su lado.

Yo, la última espada del fascista sálvese quién pueda que les abrió las fauces en Colombia a la ambición

neoliberal y a otras formas menos refinadas de tortura, me inclino ante la memoria del Patrón, primer mártir de nuestro precario posmodernismo, que en irónica y dialéctica armonía con los virulentos determinismos de los postulados comunistas, demostró que la historia también podemos escribirla los villanos.

Y como a salvo sigo hasta hoy nada más diré del yo que soy ahora, porque mi yo de ahora cuenta pero no cuenta. Aquí el que cuenta es el otro que fui, el doctor Carlos Upegui Aristizábal, el médico que llegó a ser toda una celebridad en el bajo mundo de Medellín por sus dotes de terrible y efectivo torturador, muy reputado además porque la molienda de sus inmensas manos de experto neurocirujano era el camino más lento y doloroso para llegar a la fosa; qué tanto, nunca se supo, pues ninguno de sus pacientes sobrevivió para contarlo.

De ese doctor quiero hablar, de ese monstruo perverso e insensible que alcanzó a destrozar nervio por nervio a... ¿cuántos desgraciados? ¡Vaya uno a saber! El doctor Upegui, hombre metódico y previsor, jamás se preocupó por registrar la historia clínica de quienes, por quedar a su cuidado, se sabía de antemano que estaban muertos.

De modo que no se entiendan mis palabras como una confesión. El doctor Upegui ya no es quién para arrancármela. Y si de pronto me da por referirme a él en tercera persona y por adentrarme en su historia cual un torpe narrador omnisciente, lo hago justamente para dejar en claro que yo ya no tengo nada que ver con ese señor, y éste, su retrato, en lugar de una cruda representación de mí mismo, debe considerarse más bien una fea metáfora de un más difuso y colectivo pasado.

¡Faltaba más que sólo el doctor Upegui cargara con la culpa! ¡Por algo sobrevivió! ¡Por algo está hoy lejos del

ortura,
mártir

alcance de cualquier forma de justicia! Por algo se puso
en esta dispendiosa tarea de organizar sus recuerdos, a ver

alcance de cualquier forma de justicia, a ver
si jalando las puntas desenreda el ovillo de esa absurda
maraña de odios y guerras sin cuartel que, hasta el sol
de hoy —lejos en el tiempo y la distancia—, insisten en
aumentarlo.

¡Porque vaya si resultó sucia y mezquina la épica
que terminaste escribiendo con tus amiguitos, cuando
lo que prometían las batallas de iniciación era todo
heroísmo y pundonor! ¡Ni un paso atrás! ¡Liberación o
muerte! ¡Nupalom!

e
-
es
r-
or
er!
nás
nes,
es-

omo
para
e a él
a cual
e para
on ese
presen-
una fea

para con
lejos del



Guillermo Cardona

La bestia desatada

El mismo día en que Pablo Escobar cae abatido sobre el tejado de una casa, un médico especializado en el exterior, que se oculta para eludir las balas de sus enemigos, ve que ha llegado la oportunidad de poner en marcha su meticuloso y mortífero plan de huida. El médico, una encarnación del doctor Jekyll y mister Hyde, se había convertido, por fuerza del destino, en un diabólico y refinado torturador, el gran torturador de Medellín, al servicio lo mismo de mafiosos que de policías.

Con el ritmo vertiginoso de un buen guión, esta novela nos atrapa con su poderosa anécdota. Y al mismo tiempo nos lleva a las épocas efervescentes de las huelgas estudiantiles, de la guerrilla, de la droga, de los primeros amigos y los primeros amores, hasta dar un giro completo en el que sus protagonistas terminan hundidos en un terrible presente de terror y narcotráfico.

Guillermo Cardona, Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura 2005, creó unas grandes y merecidas expectativas. Su desbordante imaginación, su capacidad para contar una historia, sus toques de humor, presentes en su primer libro, *El Jardín de las Delicias* (Seix Barral, 2005), vuelven a ponerse a prueba con buena fortuna en esta nueva novela.

ISBN 13 978-958-42-1708-0
ISBN 10 958-42-1708-9



9 789584 217080

Seix Barral